

Documento 2

Montessori ante la fantasía

Otro rasgo que siempre acompaña el desorden del que estamos hablando es la dificultad del niño, o su falta de habilidad, para concentrar su atención en los objetos reales. Su mente prefiere vagar por el reino de la fantasía. Mientras juega con piedras u hojas secas, habla como si estuviese preparando deliciosos banquetes sobre grandes mesas, y su imaginación probablemente tomará la más extravagante de las formas cuando crezca. Cuanto más se divorcie la mente de sus funciones normales, más exhausta resultará, más inútil como auxiliar del espíritu, el cual necesita fijar como meta el desarrollo de la vida interior. Desafortunadamente, mucha gente piensa que estas actividades imaginarias, que desorganizan la personalidad, son las que desarrollan la vida espiritual. Muchos mantienen que la fantasía es creativa en sí misma, pero, por el contrario, esta no es nada en sí misma, o es solo sombras, guijarros y hojas secas.

El «desorden» al que Montessori se refiere aquí no es otro que la falta de disciplina interna del niño.

La vida espiritual está realmente construida sobre la base fundamental de una personalidad unificada y bien armonizada con el mundo exterior. La mente errante que rompe con la realidad rompe también —hemos de decirlo— con la normalidad sana. En el mundo de la fantasía, donde acaba arraigando, no hay control alguno del error, no hay nada que coordine el pensamiento. La atención a las cosas reales, con todas las futuras aplicaciones que se derivarán de ella, se vuelve así imposible. Esta vida de la imaginación —como falsamente se le llama— es en verdad una atrofia de los órganos de los que depende la vida espiritual. La maestra que trata de centrar la atención del niño en algo real —solo que haciendo de la realidad algo accesible y atractivo— triunfa, digamos, en hacer que el niño se interese por poner una mesa auténtica y por servir comida auténtica. Así, se dirige a la mente errática con la claridad de una trompeta, dirigiéndola de nuevo sobre la senda de su propio bien. Y la coordinación de movimientos perfectos, junto con la reconquista de la atención, que había escapado de la realidad, es todo cuanto se necesita para efectuar la cura.

Maria Montessori, *The Absorbent Mind*,
Amsterdam, Montessori-Pearson Publishing
Company, 2007 pp. 241-242

Traducción y notas al margen del profesor